

En vano Bousais, Cabanis, Locke, Condillach, Destutt de Tracy, Buchner y tantos otros materialistas se han esforzado en querer probar la negación del alma. Han demostrado los accidentes de la vida, pero nunca han demostrado la razón, la causa.

Quizás el alma existe y está en relación con el cuerpo, de un modo misterioso. ¿Acaso sabemos como la electricidad y la ley de atracción están en relación con la materia? Y no obstante ¿quién se ha atrevido, quién se atreverá á negar esas relaciones?

¡Oh! ¡quién sabe! ¡quién sabe! Acaso detrás del sepulcro hay el eterno silencio y la eterna oscuridad, pero acaso existan la luz y el colmo de esta esperanza que nos acompaña fielmente en nuestras dichas y en nuestros dolores. ¿Quién sabe! El hijo que muere, el ser querido que parte, el amor que se pierde, tal vez bajan á la tumba para no volver á levantarse, pero ¿es imposible que vivan en otra parte más bella y más serena que este lugar sombrío y triste? ¿Es falso el ideal de la Belleza y de la Bondad? Una conciencia recta, una virtud acendrada, una voluntad enérgica, una sublime abnegación ¿han de pasar desapercibidas y han de quedar sin premio? ¿De qué sirven tantos años de afán, de estudio y de desdicha? Esas criaturas buenas, resignadas, humildes, que viven en el martirio y que sufren en silencio, ¿han de tener el mismo destino que la muchedumbre corrompida y falsa? Quién sabe!

UN ESPIRITUALISTA.

ALLÁ

DEBE haber un paraje indefinido,
allá, no sé en que parte misteriosa,
á donde va la queja dolorosa
de todo corazón no comprendido,

el desencanto del amor perdido,
la esperanza tan falsa como hermosa,
el deseo de gloria, la imperiosa
voz de este ardiente afán nunca cumplido,

el suspiro de virgen solitaria
que en anhelo de amores se consume,
el místico rumor de la plegaria,

cuanto hay de armonía y de perfume,
todo lo que se apaga ó se evapora,
todo lo que se espera ó que se llora!

J. M. F.

MOROS Y CRISTIANOS

LA procesión es solemne. Por las anchas calles cubiertas de flores, entre apiñada muchedumbre que se agita como las olas del mar, atraviesa la gran procesión que camina lentamente, lentamente, para que la lentitud le imprima mayor majestad.

La Iglesia Católica celebra una de sus festividades; las oraciones cantadas por armoniosas voces se elevan entre nubes de incienso, y así son mejor recibidas por el Ser Todopoderoso.

De los balcones y de las ventanas cuelgan tapices y cortinajes de seda; las hermosas damas y las esbeltas doncellas se apoyan suavemente sobre cortinajes y tapices y contemplan sonrientes el paso de la solemne procesión. No importa que de vez en cuando doncellas y damas contemplan también á tal ó á cual caballero y les sonrían con más gusto que á las imágenes de los santos.

Qué profusión de luces! qué variedad de trajes! las doradas cruces de las parroquias, las músicas militares, los niños de las casas de beneficencia, las representaciones de los antiguos gremios, los monaguillos con la túnica encarnada y el blanquísimo sobrepelliz, los vistosos pendones y los místicos estandartes, los personajes con sus insignias sobre el pecho, los sacerdotes con sus vestiduras recamadas de plata y oro... todo ese brillante conjunto avanza armoniosamente, entre el asombro y el placer de la muchedumbre.

Las campanas, volteadas por robustas manos, lanzan sonoros acordes y unen su gozo al gozo general.

Todo es lujo y esplendor, todo es elegancia y perfume y luz y cánticos, y una atmósfera de muelle sensualidad invade los espacios y los corazones. Y la procesión avanza, avanza lentamente, presidida por las autoridades, que visten traje de gala, y seguida por bulliciosa muchedumbre, mas apiñada todavía que la que se estiende á ambos lados de la procesión.

Y entretanto, en aquel mismo instante precisamente, atraviesa por los desiertos de África otra muchedumbre, otra procesión muy distinta de la que atraviesa por las calles y plazas de la gran ciudad europea. La del África es una caravana de árabes, que sin lujo, sin ostentación, padeciendo hambre y sed, fatigándose, sosteniendo batallas con los elementos y con las fieras, viendo que las enfermedades diezman sus filas, se dirige hácia la ciudad santa, hácia la Meca, á saludar los restos de Mahoma.

EL DOCTOR PÉSIMO.